

# COMENTARIOS BREVES

---

## la revolución de siempre

MANUEL HERNANDEZ

---

Es tema de interés en nuestros días la revolución. En poco tiempo hemos pasado de hablar sobre el diálogo a pensar sobre la revolución. Se bajan, se traen y se llevan los nombres de revoluciones célebres que han cambiado el curso de la historia o han estado a punto de hacerla: Revolución Francesa, Revolución de Octubre (cuyo cincuentenario se celebró en 1967), Revolución de Mayo (Francia 1968). . . ¿la próxima? Porque creemos que no podemos salir del atolladero en que nos encontramos sin una revolución, es decir, echar por el camino más corto para alcanzar y realizar la humanización del mundo.

Desesperamos de la Revolución —lo decía un hombre del campo— porque se parece a un coche que patina, no avanza y puede que retroceda. ¿Se puede esperar más tiempo para que las realidades que nos envuelven y aplastan a tantos dejadas a su curso natural se humanicen? ¿No sucederá más bien —más que peligro es una realidad— que se vuelvan cada día más inhumanas? ¿No habrá que forzarlas para provocar un cambio profundo en su existencia?

En la Revolución de Mayo se decía, o mejor, se leía: “La Revolución Francesa fué jurídica, la Revolución Soviética fué económica, la nuestra es humana”. ¿Por qué han fracasado las dos primeras que tanto prometían y de las que tanto se esperaba?

Para que una revolución triunfe —lo decía un genio en la materia: Lenin— hacen falta dos cosas: la primera es una “teoría revolucionaria” y la segunda es “el hombre de la revolución”. Con mayor o menor acierto han sido proclamadas teorías para una organización de la sociedad nueva y hombres amantes de un mundo nuevo se han entregado a ellas con las mejores esperanzas. Pero las esperanzas y las largas esperas han defraudado. Posiblemente las teorías revolucionarias no eran perfectas ni mucho menos, pero la raíz de todo lo que ocurre en el caminar de la humanidad tiene un responsable: el hombre que hace la historia. Han

fallado los hombres de la revolución. Se han dejado dominar —acaso porque nunca los erradicaron de sí mismos— por las eternas tentaciones del hombre en el poder: esclavizar, anular. . . “El poder tiende a la corrupción y el poder absoluto a la corrupción absoluta”. El edificio en construcción del mundo o por corrupción de los puestos, se ha derrumbado estrepitosamente.

## **los caminos de la revolución**

Los creyentes en la revolución se dividen en dos bandos ante la pregunta de cómo hacerla. Ambos coinciden en que se ha de hacer con sangre. Pero la bifurcación está aquí: ¿sólo con sangre propia o también con la ajena? ¿Qué es, a la larga, más eficaz: atacar con las mismas armas que manejan los poderes de la tierra o usar otras que éstos no pueden poseer?

Entre los amantes de la sangre derramada unos sólo prefieren la ajena, son los “revolucionarios de salón”, que se esconden en lugar seguro y luego se alzan con la victoria desde sus cómodas posiciones. Aquí falla el hombre de la revolución, por lo que sería falsa de conseguir su objetivo. Otros no, dan la suya a la vez que derraman la ajena. Son los famosos guerrilleros y al frente el muerto “Che” Guevara.

¿Dónde incluimos a Camilo Torres, “el cura de las guerrillas”? Un drama, convertido en tragedia, cambió el rumbo de su vida. El quería y trabajaba por conseguir el hombre de la revolución y tenía preparada su teoría revolucionaria (“Plataforma del Frente Unido del Pueblo Colombiano”). Pero ante la incompreensión y la condena de una Iglesia instalada y la desesperanza de ver que el fuego no cundía, según sus deseos, en multitudes de hombres y mujeres oprimidos y humillados, viéndose en un callejón sin salida, recurre a la lucha armada como única posible y viable solución. Así lo escribe en su “Proclama al pueblo colombiano”, desde las montañas en Enero de 1966:

“El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos”.

“Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda” (1). Alguien ha leído en la palabra “pueblo” antes utilizada, “Camilo Torres”, porque sobre aquél ha proyectado éste su desesperación revolucionaria.

Los defensores de la no-violencia no son menos. Y su opción sincera y valientemente decidida: “Personalmente prefiero mil veces que me maten, antes de matar”, ha dicho Mons. Helder Cámara, Arzobispo de Recife en el Brasil (2). Y no por comodidad sino por realismo como lo ha reconocido el Papa en Colombia. La violencia de los poderosos es más

fuerte que la de los débiles, porque hasta éstos están a su servicio. La mejor manera y quizás la única no es empuñar sus mismas armas, sino otras para desconcertarlos.

Cuando en una nación se provocan acciones terroristas con fines revolucionarios, la reacción oficial de autodefensa no se deja esperar, arrastrando en la avalancha otros muchos objetivos que se esperaban conseguir por vías pacíficas pero revolucionarias.

Un ejemplo esclarecedor de victoria por armas distintas a las del poderoso han sido los recientes acontecimientos ruso-checoeslovacos. Llamada históricamente Checoeslovaquia a ser puente entre oriente y occidente (3), cuando iba de nuevo a cumplir su destino histórico, los "Revolucionarios de Octubre", convertidos en imperialistas invasores ("el poder tiende a la corrupción") le impiden su desarrollo. La respuesta ha sido la de un pueblo maduro y adulto: no han contestado con la misma violencia invasora —además hubiera sido inútil—. Y los que pensaban alzarse con la victoria han caído no ya en la derrota de los vencidos sino en el ridículo de los fracasados. "El comunismo de rostro humano" que nacía vigorosamente ha visto impedido su camino por las armas de los poderosos, dispuestos siempre a esclavizar.

Los violentos mueren porque una fuerza superior, unas armas más certeras, han podido con las suyas. Los no-violentos no pueden morir, porque su fuerza no descansa sobre las mismas armas de los enemigos. "Lo curioso de los asesinos, Dr. King, es que creen que lo han matado" (Gandhi a M. L. King según caricatura de Bill Mauldin en "Chicago Sun Times") (4).

## **los cristianos y la revolución de siempre**

Se ha definido al hombre revolucionario como "hombre de orden", y a pesar de ser una buena definición hay que hacerse violencia a uno mismo para no leer debajo tantos desórdenes establecidos. El hombre de orden es el eterno descontento porque el desorden aflora por todos sitios. ¿No puede ser una buena definición también del cristiano?, eterno revolucionario del odio y del amor, las dos fuerzas que hacen avanzar a la historia. El odio despersonalizado en su objeto y amor a la persona en la que se odia sus injustas acciones.

El cristiano está condenado a vivir en la oposición. Y esta postura la debe tomar no por capricho temporalmente sino como fruto de contrastar día a día el mundo en que vive con la fe y el amor hecho carne en su vida.

La Iglesia, los cristianos, quizás por coincidir sociológicamente con los acomodados en esta vida, hemos mirado con desconfianza, cuando no con hostilidad armada los cambios profundos en la historia. Más de uno ha podido sospechar que la Iglesia más que defender al hombre lo que intentaba y hacía era defenderse a sí misma. "La Iglesia está siempre de parte de quienes la defienden, incluso cuando esta defensa es un medio

para aplastar al hombre y siempre en contra de quienes la atacan, incluso si se trata de un combate que es condición necesaria para la liberación del hombre. Todo ocurre como si la Iglesia fuese un fin en sí misma y no un medio para hacer visible la esperanza" (5).

Y aunque algunos pueden justificar su opción cristiana por la violencia con la doctrina de la Iglesia sobre la guerra justa,elijamos un camino tan difícil o más que aquel, más seguro, más humano y eficaz, más comprometido para la Revolución de Siempre: haciendo el "hombre de la revolución", multitud de hombres y mujeres amantes de un mundo nuevo. Pero si la otra revolución triunfa, no caigamos en la tentación fácil de bendecir las armas como si hubiera sido una cruzada. El cristiano tendrá que seguir siempre haciendo la revolución dentro de ella. A esto le condena su amor a los hombres.

## **notas**

(1) El Ciervo, Retrato de Camilo Torres, n. 171 bis (1968) p. 121.

(2) Pastoral Misionera 3 (1968) p. 116.

(3) Harvey Cox, La Ciudad Secular.

(4) Proyección 61 (1968), p. 237.

(5) R. Garaudy, Concilium 35 (1968) p. 223.